



Anuario
de Ecología
Cultura
y Sociedad

Año 2, Núm. 2, 2002



EN ESTE NUMERO:

Documentos: *EL PLAN COLOMBIA*

La Historia en la Edad de la Ecología

La Ecología Política en América Latina

Inmersión: la huella ambiental en la Bahía de La Habana

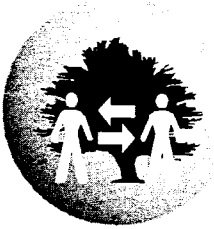
Tiempo para la vida: la crisis ecológica en su dimensión temporal

Cuba hacia Río + 10: una década de estrategia cubana para un desarrollo sustentable



FUNDACION ANTONIO NUÑEZ JIMENEZ
DE LA NATURALEZA Y EL HOMBRE

LA ECOLOGIA POLITICA: ¿REMEDIO A LA CRISIS DE LO POLITICO?



Alain Lipietz

Introducción

Desde los años 80 se ha expandido sobre todo el planeta un sentimiento de impotencia, pero más particularmente en los países dotados de una experiencia democrática. El voto parece no tener ya ningún sentido: una vez que son elegidos, todos los dirigentes regresan, a despecho de sus promesas, hacia “la única política posible, aquella dictada por las exigencias de la globalización”. Sin embargo, ésta no aporta a la mayoría sino un cortejo de desgracias: inseguridad, pobreza, exclusión...

Este sentimiento de “hastío por lo político” tiene una doble dimensión:

-Respecto a los contenidos --lo que se llama “la política”, es decir, “lo que se hace”, las estrategias y los objetivos--: éstos parecen reducirse a una *infrapolítica*, a la simple optimización de la competitividad, que parece traducirse, ella misma, en el abandono de cualquier pretensión social.

-Respecto a las formas y a los dominios --lo que se llama “lo político”, es decir, “cómo y con quiénes se hace”, la definición misma de la ciudad (polis) de los hombres y de las mujeres--: parecen reducirse a una colección de individuos en una competencia atemperada apenas por reglamentos abstractos caídos del cielo (de Bruselas, de la OMC) y, en general, desfavorables.

Pero la sociedad no es un mercado. El deseo, la necesidad de sociedad, se traducen en reacciones identitarias: integrismos en el Tercer Mundo, populismos autoritarios y xenófobos en el Norte. Francia, y aún más Austria, pero de hecho la mayoría de los países europeos, conocen desde los años 80-90 empujes de este tipo.

Sin embargo, la resistible ascensión del Frente Nacional parece haber estado bloqueada por sus propias contradicciones y, sobre todo, por los retoños de esperanzas suscitados por los primeros éxitos de la “mayoría plural”. En las elecciones europeas de 1999, el ala más renovadora de esta coalición, Los Verdes, conoce un éxito de valor espectacular, sancionado por una fuerte progresión electoral. Como si, después de quince años de desesperación, el “deseo de política” renaciera y se colocara en la Ecología Política.

Extraña elección, pensarán muchos. ¿La ecología no es percibida como un rechazo “característico de la generación de los años sesenta” tanto de la política como de lo político, como una atención intimista por las flores y los pájaros? Vamos primeramente a rectificar esta imagen y a redefinir lo que es la ecología como política; examinaremos después en qué ella da respuesta a la crisis de la política y de sus contenidos, a la crisis de lo político y de sus formas.

I. ¿Qué es la Ecología Política?

El término *ecolo* transmite en sí la visión reductora y a menudo caricaturesca de la ecología para una gran parte de la opinión pública. Pero ésta última pasa de la burla a la perplejidad cuando a la palabra ecología viene a añadirse la de política. No hay duda de que la Ecología Política, al menos a los ojos de esta opinión pública, no ha adquirido todavía el *status* de “noción clara y distinta”. ¿Qué es, pues, la ecología? ¿Y qué es la Ecología Política?

¿Qué es la ecología?

Según el Diccionario Petit Robert, este término hace su aparición en la segunda mitad del siglo XIX. Término de la Biología, la ecología es originariamente una disciplina científica. Es la ciencia que estudia la relación triangular entre los individuos de una especie, la actividad organizada de esta especie, y su medio ambiente que es, a la vez, condición y producto de esta actividad y, por tanto, condición de vida de esta especie. El ecologista que se interesa en los castores se aplicará a analizar la relación con el medio en el cual viven: el bosque, los ríos, pero también los diques que ellos construyen, es decir, en una naturaleza transformada por su actividad. Observará la capacidad de este sistema para subvenir las necesidades de la población de los castores, se volcará sobre el modo en que esta población se multiplica, se organiza, etcétera.

Aplicada al hombre, la ecología social deviene el estudio de la relación de la humanidad con su medio ambiente; es decir, el modo en que la una transforma al otro y en que el segundo permite vivir a la primera. Al igual que el medio ambiente de los castores no se resume en los bosques y los ríos, el medio ambiente de los hombres no es simplemente la naturaleza salvaje, sino que incluye la naturaleza transformada por su actividad. La ecología humana es, pues, el análisis de la interacción compleja entre

el medio ambiente (medio de vida de la humanidad) y el funcionamiento económico, social y, añadamos, político, de las comunidades humanas.

Ahí está la fuente de una diferencia significativa entre la ecología humana y la ecología de las otras especies animales. Los hombres, efectivamente, son animales no sólo sociales, sino también políticos. No obstante, en el origen de esta especificidad de la ecología humana, hay otra característica que se remonta al mismo principio de la humanidad, ya que es en tanto que *homo habilis* que el hombre da sus primeros pasos en la escena terrestre. Esta particularidad (la capacidad de producir instrumentos) no es ya hoy, en verdad, exclusividad de lo humano, puesto que los chimpancés se han mostrado capaces de utilizar ciertos objetos como instrumentos; pero éstos, a pesar de todo, siguen siendo rudimentarios. El hombre, por el contrario, no ha dejado de mejorar su instrumental y, por consiguiente, su capacidad de acción y de transformación de su medio ambiente, mediante la “domesticación” (raíz latina prima hermana de “ecología” en griego) de las plantas y de los animales en el curso de la revolución neolítica. Durante milenios se ha tratado, simplemente, de luchar contra el hambre y la intemperie. Vivir lo más posible en armonía con el orden del mundo parecía ser la sabiduría de aquellos hombres. Pero, muy cercano a nosotros, hace unos cuatro siglos, se produjo un verdadero vuelco. Mientras se trataba, hasta entonces, de someterse al orden de la naturaleza, en lo adelante fue ella la que tuvo que plegarse a nuestros deseos. Los avances de la ciencia y sus aplicaciones técnicas no han cesado, desde entonces, de enardecer en los humanos el sentimiento de ser realmente “dueños y señores de la naturaleza”. Durante la segunda mitad del siglo XX, después del impulso que siguió a la Segunda Guerra Mundial, este movimiento de emancipación alcanza sus límites. Los “milagros” de la técnica y de la tecnología comienzan a mostrar sus fallas: accidentes “imprevisibles” se multiplican y extienden sus efectos a escala del planeta (mareas negras, Chernobyl). Mientras que los primeros gritos de alarma del Club de Roma, en los años 70, ponían todavía el acento en la insuficiencia de los recursos naturales, los trabajos científicos más recientes ponen a la luz los graves desequilibrios ecológicos que engendran las contaminaciones industriales (destrucción de la capa de ozono, efecto de invernadero, ascenso de los océanos, recalentamiento del clima). La toma de conciencia de los efectos perturbadores de la actividad humana y del progreso técnico --fuera incluso de cualquier accidente-- no ha hecho sino crecer y extenderse. El aumento de esta nueva inquietud ha llevado a cierto número de observadores a intentar discernir mejor los mecanismos económicos y políticos generadores de los desequilibrios ecológicos.

Es sobre esta base conceptual e histórica de la ecología que se ha constituido la Ecología Política; ésta se ha profundizado a continuación en un análisis crítico del funcionamiento general de las sociedades industriales avanzadas, análisis que da lugar a una reflexión paralela sobre los medios que hay que poner en acción para llegar a un modo distinto de desarrollo.

2. De la ciencia a la política

El paso de la ciencia a la Ecología Política introduce la cuestión del sentido de lo que hacemos, la cual conduce a una serie de preguntas: ¿en qué medida nuestra organización social, el modo en que producimos y en que consumimos modifican nuestro ambiente? Y más precisamente, ¿cómo pensar la combinación, la interpenetración, el ajuste de estos diversos factores en su acción sobre el medio ambiente? ¿Son favorables los efectos de estas modificaciones sobre los individuos? ¿Son desfavorables? La ecología científica nos dice cuáles son los efectos de nuestros comportamientos y prácticas y nos esclarece acerca de los riesgos. Pero no es a ella sino a los hombres a quienes corresponde, pues, escoger el modo de desarrollo que deseen, en función de valores que evolucionan, ellos mismos, en el debate público.

Al analizar seriamente los desequilibrios ecológicos engendrados por la actividad humana, la Ecología Política es llevada a interrogarse sobre la modernidad y a desarrollar un análisis crítico del funcionamiento de nuestras sociedades industriales. Este análisis pone en tela de juicio cierto número de valores y de conceptos claves sobre los que reposa nuestra cultura occidental.

La Naturaleza

Hemos evocado ya el sentimiento de omnipotencia y de dominio sobre la naturaleza que se ha desarrollado progresivamente a partir del siglo XVII. Tal exaltación narcisista tuvo tendencia a construir una manera de oposición, incluso de antagonismo, entre el hombre y la naturaleza; ésta última --con eso se mataba dos pájaros de un tiro-- servía así de renta, ya que el hombre, participando de la naturaleza, parecía al mismo tiempo de alguna forma haberse despegado, arrancado de ella. En particular, la comparación del hombre con las otras especies animales permitía poner de manifiesto la diferencia, haciendo implícita su metamorfosis. La depreciación de la naturaleza hacía, al mismo tiempo, más banales las prácticas más degradantes respecto a ella, hacia los animales e incluso hacia los pueblos indígenas que los europeos descubrían y juzgaban como "no civilizados". La Ecología Política considera que han sido rebasados ampliamente los límites de lo aceptable y que ha llegado la hora de una puesta en tela de juicio general de las prácticas, pero también de las representaciones, al no ser ambas independientes. Los hombres forman parte íntimamente de la naturaleza, la respiran y se alimentan de ellas, pero es cierto que las generaciones actuales se representan de manera más espontánea los lácteos en los estantes de un supermercado que en una granja. Por supuesto que no se trata de caer en el exceso inverso de una sacralización de la naturaleza. La ecología retoma, pues, el cuestionamiento de la oposición naturaleza-cultura, relativizándola. Nos parece mucho más fructífero interesarse más en la complejidad del mundo vivo, que en la oposición hombre-naturaleza. El hombre y su medio ambiente no cesan de transformarse

mutuamente; por consiguiente, es importante convencerse de que ambos están comprometidos en una evolución interdependiente (coevolución).

El progreso

Después de Hiroshima, Chernobyl y la ruptura de la capa de ozono o, más recientemente, la crisis de las vacas locas, nos es necesario sacar las consecuencias de un progreso que ya no aparece como lineal e ilimitado: el progreso técnico no es necesariamente sinónimo de emancipación humana, ni de mejoramiento del medio ambiente. No es, por tanto, cuestión para la Ecología Política rechazar la noción de progreso, ni incluso caer en un catastrofismo antitécnico. Se trata de volver a dar su justo lugar al progreso técnico, ya que nada permite considerarlo como virtuoso "por naturaleza". Para los ecologistas, el desarrollo de las capacidades humanas no es un valor en sí. La tecnología se ha introducido en nuestro mundo cotidiano y ha traído consigo una vulnerabilidad nueva, una nueva dependencia. La técnica no sólo no logrará nunca suprimir todos los riesgos, sino que provocará incluso otros nuevos. Después de haber intentado domesticar la naturaleza, nos hace falta ahora aprender a domesticar el progreso mismo. Lo que implica tener siempre en mente las dos caras del progreso: solución a las crisis, por una parte, y factor de crisis, por otra. El progreso de las técnicas nos dice lo que se puede hacer (los Organismos Genéticamente Modificados, por ejemplo), pero no nos dice si eso es bueno o malo. No es porque mañana la ciencia y la técnica nos permitan indudablemente elegir el sexo, el color de los ojos y de los cabellos de nuestros hijos y de las generaciones futuras, por lo que se impone ante nosotros la elección de estas manipulaciones. Para la Ecología Política, la cuestión de los valores debe ser planteada como independiente del cambio técnico y previa a su realización.

Si el progreso de la humanidad no debe ser juzgado ya según la medida de los avances técnicos, sentimos que de la razón ecológica a la política ecológica falta un eslabón: algunos principios superiores capaces de orientar nuestras elecciones y nuestras acciones, principios que tengan la evidencia y la fuerza del "No matarás". La Ecología Política revela problemas que ningún contrato social, que ningún pacto fundador entre individuos libres puede regular. Ella obliga a redefinir los valores que guiarán el proyecto de sociedad ecologista. Redefinir la vía de una moral para el siglo XXI, pensarla, compartirla y ponerla en práctica no es un asunto simple. Pueden esbozarse algunas líneas. La vía está en buscar por el lado de un acoplamiento entre fraternidad y responsabilidad extendido a la naturaleza entera y a las futuras generaciones. Eligiendo anteponer algunos valores más que definir un modelo de sociedad al cual bastaría conformarse, en la construcción de la sociedad ecológica por venir, está claro que la Ecología Política se atiene a que el camino por recorrer es largo, incierto y constantemente en definición. Pero ahí está el curso de un movimiento vivo en influjo directo sobre la realidad de las sociedades modernas, la de sociedades en devenir.

La responsabilidad

La potencia de las tecnologías actuales es tal que las consecuencias sobre el medio natural, sobre las otras especies vivas, vegetales o animales, se han multiplicado. Fuera, incluso, de los accidentes ecológicos, el simple funcionamiento de los muy numerosos sitios industriales se coloca en un nivel tal, que la mayor parte produce efectos deletéreos sobre el medio. Piénsese, por ejemplo, uno en las producciones porcinas en Bretaña o en las emanaciones diversas lanzadas en los ríos de Francia. La elección de circular en automóvil o en tren, el nivel de calefacción de nuestras viviendas, influyen sobre el clima. Nosotros degradamos el medio que nos hace vivir. Hay algo milagroso en nuestra tierra, como hay también horror, pero la belleza del mundo es uno de estos milagros. Si nosotros la sacrificamos, ¿qué quedará? Este medio que nos hace posible la vida, que puede ser fuente de alegría o, digámoslo de otro modo, de disfrute de estar en el mundo, este medio será lo que hagamos de él, es también lo que legaremos a nuestros hijos y a los hijos de nuestros hijos, es la cuna, la heredad y la casa que preparamos para su acogida. Descar hijos, hacerlos venir al mundo y no preocuparse del mundo deteriorado que le fabricamos, ¡qué chapucería!

La solidaridad

El principio de propiedad y el poder económico que resulta, no debería dar a sus detentadores el derecho de pesar desmedidamente sobre la vida del otro. Es, sin embargo, lo que sucede ante nosotros. Este poder llega, a veces, indirectamente, pero de manera también determinante, hasta ser un derecho de vida y muerte. Empuja a algunos hasta el fondo de la desesperación porque se sienten completamente impotentes para situarse en la sociedad, ganar su vida, sobrevivir decentemente, sea que hayan sido dejados al margen desde su más temprana edad, sea que hayan padecido todas las consecuencias de un despido sobrevenido ya pasados los cuarenta años, esa edad crítica en la cual los cambios se vuelven infranqueables para algunos, pero donde las obligaciones familiares se hacen aplastantes porque parecen imposibles de asumir. En el Derecho y su funcionamiento implacable, en su carácter un poco sacralizado, ¿no hay el riesgo de una pérdida de sentido en profundidad? La riqueza de los individuos se funda siempre sobre la cooperación social. Un individuo aislado, sin nexo con sus congéneres, no logrará sobrevivir. Si un individuo se enriquece, se lo debe a toda la cadena de sus semejantes que han construido el mundo donde ha nacido y a la de sus contemporáneos que han participado directa o indirectamente en su enriquecimiento. ¿Eso no conlleva un deber de reciprocidad que se traducirá en un deber mínimo de solidaridad? ¿Una sociedad que tiende a abolir el principio de la dádiva que llama a la dádiva, tal sociedad no corre el riesgo de deshacerse, de descomponerse? La simple solidaridad, pero también la deuda directa, nos imponen no quedarnos sordos a las desdichas de un continente entero. África está exangüe y no somos inocentes en ello.

La autonomía

La responsabilidad no sería más que aparente si no se acompañara de la autonomía. Esta última implica la reconquista del dominio de sus actividades de producción, de su vida cotidiana y de las decisiones políticas por parte de los individuos y las colectividades humanas. Se trata de traducir en actos un cierto número de fórmulas: "tomar en sus manos sus propios asuntos", "participar", "ver el fin de sus propios actos!". Es en diversos ámbitos que puede situarse las implicaciones: el de la empresa, el de la vida cotidiana local, regional, nacional.

II. Volver a poner el contenido en el centro de la política

De los enunciados precedentes surge una evidencia: la ecología es una inmensa proveedora de contenidos nuevos, o mejor, un inmenso llamado a ocuparse del contenido. Fija objetivos, redefine medios, estrategias. Cosas que parecían haber desaparecido de "la política", reducida a la competencia por el poder de hombres y de partidos intercambiables y "alternantes".

La esperanza revolucionaria se ha volatilizado, el comunismo ha fracasado, el proyecto socialista ha decepcionado. Portadora de grandes ambiciones durante todo el siglo, la política se ha debilitado mucho hoy. Que ella gane en modestia no sería ciertamente un mal, pero su impotencia actual y su minimización frente a la economía son extremadamente perniciosas. Una sociedad sin proyecto político, dejada a las solas fuerzas del mercado, adiestrada en la espiral del "producir siempre más", no puede más que llevar a un crecimiento de las desigualdades y a la multiplicación de las crisis ecológicas. Es, pues, urgente volver a dar sentido y contenido a la política.

1. El *impasse* del productivismo

Las revoluciones agrarias e industriales capitalistas permitieron poner fin a las crisis de carencia (hambrunas). Han permitido a Occidente alimentar, alojar, vestir cada vez a más individuos con cada vez menos trabajo. El modelo capitalista aportó, primeramente, la garantía de poder sobrevivir; y después, salir de la Segunda Guerra Mundial con una nueva variante de capitalismo, que numerosos economistas denominaron fordismo, que permite "vivir bien", o mejor, aumentar el poder de consumo. El modelo capitalista ha conocido diferentes variantes, pero todas se caracterizan por un rasgo común: el productivismo. Es este productivismo con su dinámica del siempre más, lo que hoy alcanza sus límites.

Después de treinta años (1945-1975) de crecimiento económico, el modelo fordista entró en crisis: esta crisis económica que desemboca en los años 80 en una variante mucho más liberal de capitalismo, pero también, paralelamente, de crisis ecológica. Esta última, menos perceptible directamente por la opinión pública, no es menos amenazante. La búsqueda del ahorro de trabajo y la acumulación de capital, dos pilares tanto del fordismo como del liberalismo, se ha hecho en detrimento de la

Tierra. Del mismo modo, el retorno al liberalismo ha vuelto a poner al día las crisis ligadas a la pobreza (enfermedades ligadas al hambre y a la insalubridad, no solamente en el Tercer Mundo, sino hasta en nuestras ricas comarcas). En el corazón mismo del sistema capitalista se perfila un nuevo tipo de crisis ecológica: las crisis de abundancia, herencia envenenada de los milagros técnico-económicos de la posguerra. Este tipo de crisis es tanto más amenazante cuanto que superpone efectos locales (destrucción del paisaje, contaminación del aire, envenenamiento de los mantos freáticos) y efectos globales (es decir, que se hacen sentir en cualquier punto del globo), mientras que ellos provienen de disfuncionamientos localizados en sociedades particulares.

El sistema productivista ha respondido al problema de la penuria con la cantidad. El peso excesivo de esta respuesta cuantitativa ha hecho surgir un problema de calidad. Hay que cambiar de dirección: retomar el control de la economía, dominar las condiciones de un nuevo crecimiento en un nivel que englobe las fuerzas de mercado, así como las de la tecnociencia; repensar nuestro modelo de desarrollo, partiendo de un reexamen de nuestras necesidades. Es tiempo de plantearse la pregunta esencial: ¿producir para qué?

2. Un nuevo modelo de desarrollo: el desarrollo sostenible

Según la definición adoptada por la ONU, el desarrollo sostenible es aquél que permite satisfacer las necesidades de la generación actual, comenzando por los más desprovistos, sin comprometer la posibilidad, para las futuras generaciones, de satisfacer las suyas.

¿Qué implica la idea del desarrollo sostenible? Tiene una doble dimensión. En el presente, este modo de desarrollo responde a las necesidades de cada uno. Y en perspectiva, supone que este modelo puede durar. El desarrollo sostenible incluye igualmente la idea de redistribución (o de justicia social), ya que propone un orden en la satisfacción de las necesidades: comenzar por los más desprovistos.

¿Pero, cómo hacer? ¿Cómo reorientar nuestro desarrollo para hacerlo sostenible?

Primer imperativo: economizar el factor Tierra, dando la prioridad a las tecnologías económicas en energía y, más generalmente, respetuosas del medio ambiente. Segundo imperativo: colocar nuevas regulaciones, agregando a la protección social la protección del medio ambiente. La caja de herramientas existe. Esta va de los medios reglamentarios (leyes y normas), a los medios económicos (eco-impuestos, permisos negociables), pasando por los acuerdos de autolimitación y los códigos de buena conducta.

Cada uno de estos instrumentos obedece a una lógica diferente. Algunos permiten reparar los daños causados, otros, indemnizar el daño sufrido por terceros, otros aún, prevenir los perjuicios mediante la disuasión. Es, sin ninguna duda, la vía del

impuesto disuasivo la que resulta más prometedora. Doblemente prometedora porque, al lado del efecto protector para el medio ambiente, procura a la colectividad recursos nuevos que pueden ser canalizados hacia otras políticas (por ejemplo, bajar el costo del trabajo, en el marco de una política de empleo). Lo que nos lleva al efecto redistributivo del modelo del desarrollo sostenible. Los más desprovistos apenas tienen los medios de contaminar y son también, a menudo, los más tocados por las contaminaciones. Ellos serán los grandes beneficiarios de una reorientación general hacia el desarrollo sostenible. Los perdedores, a corto plazo, pueden ser las clases de ingresos medios, aquéllas para quienes las restricciones en el uso libre y gratuito del medio ambiente harán retroceder el espejismo de una generalización del modelo de la sociedad de consumo, mientras que ellas no perciben en ésta el carácter insostenible y peligroso para su propia salud. Es, pues, necesario acoplar las nuevas políticas ecologistas con reformas sociales, a falta de lo cual no aparecerán como legítimas.

Razonando a largo plazo y desde el punto de vista del interés general el desarrollo sostenible se convierte en una evidencia. Lamentablemente, rara vez este interés de la humanidad, es el que se impone, y la fórmula “después de mí el diluvio” es más bien la que la arrebató. ¿Cómo hacer de modo que las fuerzas sociales y políticas lo tomen en cuenta? Ciertamente, mediante un intenso debate ideológico y cultural dirigido a modificar la percepción de la escala de los riesgos y de los beneficios, a hacer progresar los valores y las normas de la ecología. Más allá de la política y de sus contenidos, es la política, su campo y sus métodos los que hay que reconstruir.

III. Repensar lo político entre lo global y lo local

Los gobiernos parecen incapaces de resolver tanto los problemas cotidianos, como los que se plantean a escala planetaria, ya se trate de impedir los despidos en una empresa que además prevalece con excelentes resultados económicos, o de luchar contra el recalentamiento climático. Mientras el poder económico y financiero no conoce ya las fronteras, el poder político descansa, como siempre, muy ampliamente sobre el principio de soberanía estatal. La relación de fuerza es, pues, no sólo desigual, sino inversa. Para volver a dar a lo político su credibilidad y, por tanto, los medios de actuar, es indispensable hallar un nuevo equilibrio.

1. “Pensar globalmente, actuar localmente”

La mundialización y las fuertes tensiones que sacuden a los Estados-Naciones —cuando no llegan a hacerlos estallar— refuerzan la pertinencia de esta consigna que floreció entre los ecologistas de los años 70.

Pensar globalmente

Porque la Ecología Política hace suyas máximas que podrían ser muy bien las del humanismo en general: “Yo soy hombre y nada humano me es ajeno”, “Somos todos

responsables de todo y ante todos, y particularmente ante mí.” Pensar globalmente es alzarse en una visión planetaria que ha hecho posible el saber ecológico. Visión del estado del planeta, de su degradación continua, del complejo juego de causas y consecuencias, y en este juego, un aspecto esencial, la parte de la actividad humana bajo sus diversas formas. Este aspecto es esencial, pues “el dominio de la naturaleza” es un fantasma a quien nos parece sabio no preguntar demasiado; por el contrario, en cuanto a la actividad humana, nosotros somos responsables y podemos, en cualquier caso debemos, esperar controlarla.

Actuar localmente

Es la voluntad de encargarse de su medio ambiente, de actuar por sí mismo, a escala de cada cual. Contra el centralismo, contra la tecnocracia, es la reivindicación de un derecho: el de un acercamiento al poder político, o mejor todavía, el de una reapropiación de lo político sin delegación ni subordinación. Porque es el pensamiento de lo global lo que reclama nuestra responsabilidad local y los deberes que se desprenden de ella: actuar localmente, porque ahí uno es capaz de medir los riesgos y las consecuencias de sus actos y que, de no hacerlo, uno se condena al infantilismo, a la recriminación estéril y repetitiva que ratifica y perpetúa el estado de cosas. Pocos son los que imaginan hasta qué punto sus propios actos, ínfimos a sus ojos, se vuelven enormes y cambian de escala cuando son amplificadas por el número de actores. Y cuando incluso lo sepan bien, ¿bastaría con esto? ¿Se puede esperar que lo tuvieran en cuenta? “Nuestro modo de vida no es negociable”, opuso el ex presidente George Bush en las negociaciones de Río.

2. Actuar globalmente, pensar localmente

Frente a este cinismo y a este egoísmo, ¿qué respuesta dar, sino la necesidad de leyes, de leyes globales, ya que hay que impedir el daño a los hombres globalmente? Y si es necesario actuar globalmente, hay que convencer, sobre el terreno, mediante compromisos locales, de aceptar leyes globales. Actuar globalmente, pensar localmente, tal debe ser también la divisa de una Ecología Política pragmática y realista.

Actuar globalmente

Es fijar reglas de orden superior en las escalas tradicionales (el Estado-Nación, muy particularmente) y darse los medios de hacerlas aplicar. Se trata de eliminar los efectos perversos debidos a ciertas interacciones, de impedir las conductas que parecen localmente provechosas, pero que por su masa pueden tener consecuencias desastrosas para el conjunto. En una palabra, esto conduce a regular el juego ciego de los egoísmos y de las concurrencias en el mercado, las relaciones de poder geopolítico, para privilegiar las prácticas mutuamente ventajosas.

Pensar localmente

Este aspecto constituye, desde nuestra óptica, el punto clave. Pensar globalmente, es decir, elaborar tratados internacionales completados por leyes nacionales y decretos de aplicación, saben hacerlo los legisladores, los ministerios y sus gabinetes. Poner eso en práctica individualmente, por tanto, localmente, ahí comienza la dificultad. Las reglamentaciones no consiguen sus efectos más que si los ciudadanos creen en su utilidad, tienen la convicción de que eso tiene un sentido, que el desagrado de la coacción tiene su justificación. En las sociedades democráticas, esta justificación supone la adhesión al principio del interés general que implica por sí mismo que uno compruebe individualmente o, al menos localmente, las ventajas.

El ejemplo de la Tercera República ofrece una excelente ilustración. Los resortes de la escuela fueron, en eso, esenciales: es por ellos que se difundieron los valores de esta república que, un siglo más tarde, resucitaba los de la Revolución. Es a través de los maestros que se transmitieron los principios elementales de la moral y de la instrucción cívica, que constituyeron de inmediato la levadura de los progresos humanos y sociales a fines del siglo XIX. Ellos triunfaron porque, frente a la Iglesia y a los notables tradicionales, supieron convencer a una población mayoritariamente rural sobre los beneficios de la instrucción, invirtieron en la gestión de las comunas y en la promoción social de los niños. De la misma manera, es teóricamente fácil comprender que la lucha contra el efecto de invernadero implica la restricción de la circulación automotriz. Sin embargo, no se conseguirá con culpar a los automovilistas por los efectos catastróficos de su comportamiento en el Bangla Desh del 2050, sino haciendo valer el silencio y el aire menos nocivo de una ciudad de circulación restringida.

Sin adhesión de los actores, nada se vuelve duradero. Es precisamente lo que entendemos por la fórmula “pensar localmente”. Para la Ecología Política, es obrar a fin de que se desarrolle la conciencia de los efectos a distancia de la vida de cada cual, de modo que se haga concreta la justificación de las coacciones impuestas por la ley: de hacer madurar, poco a poco, en las comunidades locales, la conciencia de un destino común de tipo humano, de necesidades comunes, de beneficios recíprocos superiores, y actuar políticamente para codificar internacionalmente reglas que las mayorías locales estén prestas a aceptar.

Conclusión

Parece que somos, desde hace poco, seis mil millones de seres humanos (de semejantes, se dice incluso). Qué disparidad, sin embargo, si uno se atiene a las cifras que la marcha del mundo y los medios masivos extraen de esta masa anónima. De un lado del horror, qué superabundancia: los hombres de los Grupos del Islamismo Armado, las milicias serbias en Bosnia y en Kosovo, los virtuosos del machete en Ruanda. Otros hombres, sus semejantes, se llaman E. Levinas, P. Ricoeur, H. Jonas. Nos invitan a relaciones humanas distintas. Es necesario un singular esfuerzo de imagina-

Alain Lipietz

ción para decir, a unos y a otros, semejantes. Más bien, uno está tentado de ver prehomínidos en los primeros. Pero sabemos que el hombre no es esto o aquello. Está, ante todo, en devenir y haciéndose a sí mismo. Las relaciones sociales en las que tomamos parte desde la infancia hasta la vejez son esenciales para ello. Nos corresponde, por consiguiente, tender hacia una humanidad bárbara o civilizada. Tal es el desafío que se presenta a la Ecología Política. Por nuestra parte, estamos convencidos de que está llamada a marcar con una huella duradera a la humanidad de mañana.